

de lleno. «¡Qué veo!, exclamé. ¿Es posible?» Alargué más el anteojo y volví á mirar. «¡Sí, es él, no cabe duda! Cien veces he visto esa cara en los retratos.» Y entonces acudió á mi memoria un suceso hacía tiempo olvidado, y casi en el mismo instante el principio y el fin del relato que hallará el lector más adelante. El amigo me preguntó: «¿Qué tal? ¿Tiene ó no cara de camastrón, de descreído y de orgulloso?» Sus palabras no me hicieron ya sonreír como antes; le contesté que, á decir verdad, no era un hombre simpático; pero que me parecía haberle visto otras veces; que quería satisfacer la curiosidad de saber quién era y que iría á preguntárselo á él. En efecto, al otro día fuí á hacerle una visita con el pretexto de averiguar claramente el hecho que tenía relación con él, pues, como le dije, me proponía escribirlo. Acostumbrado á recibir visitas de esta naturaleza, me acogió cortésmente, me lo contó todo con gran indiferencia, como si se refiriese á otro y no á él, me habló de la mujer (no esposa) que con él vivía y de las costumbres de su vida. «Vivimos juntos hace diez años, dijo al terminar; yo tengo paciencia, ella también, y lo pasamos.. como Dios quiere. Mis dos principales consuelos son el aprecio de la gente y la adhesión de esa desgraciada.» Fuíme á mi casa, pasé escribiendo toda la noche y la mañana siguiente, y al otro día volví á casa de mi amigo con el manuscrito. Era la hora en que el «tendero» tomaba el fresco en el terrado. Después de hablar de cosas indiferentes, recayó la conversación sobre la antipatía. «Amigo mío, le dije, te has equivocado de medio á medio. — Es imposible, me respondió con su vivacidad habitual. — Dejémonos de bromas, repliqué, y lee estas cuartillas: contienen un relato histórico que he escrito estos días; el personaje principal es tu antipático «tendero;» te doy mi palabra de que, aparte los necesarios artificios de la

exposición, no he alterado una sílaba de la verdad.» Mi amigo tomó las cuartillas y se puso á leer. Al poco rato alzó los ojos, miró al hombre del terrado, luego á mí, y siguió leyendo. Cuanto más avanzaba en la lectura, más á menudo nos miraba á mí y al hombre, y se ponía cada vez más serio. Al llegar á las últimas líneas, profirió un grito de maravilla, se levantó, me cogió una mano y dijo con acento conmovido: «¿Me das tu palabra de honor de que todo esto es verdad? — Te la doy. — ¿Y de que es él? — También.» Sin decir más, tomó el sombrero y salió presuroso. Me asomé á la ventana y le vi atravesar la plazuela y meterse en la puerta de la casa de enfrente. A los pocos momentos observé que el hombre del terradillo había desaparecido.

De allí á un rato volvió á aparecer, y un instante después mi amigo atravesaba de nuevo la plazuela. «Te conozco, dije para mí corriendo á abrir la puerta; sé lo que has ido á hacer.» El amigo se presentó en el umbral. «Tú, le dije, has ido á besar la frente á ese hombre.» Me miró, sonrió, y echándome los brazos al cuello me contestó, lleno de júbilo: «No, porque no era digno de ello; he ido á besarle las manos.»

II

Corría el verano de 1861, época en que circulaba por Europa la fama de las fechorías de los bandoleros italianos; días memorables en que Pietropaulo llevaba en el bolsillo la barba de un «liberal» con su perilla napoleónica; en que en Montemiletto se sepultaban vivos, bajo un montón de cadáveres, los que habían gritado: «¡Viva Italia!» en que en Viesti se comían las carnes de los campesinos que se negaban á cumplir las órdenes de sus expoliadores; cuando el coronel Negri, cerca de

Pontelandolfo, veía colgados en las ventanas, á guisa de trofeos, miembros ensangrentados de soldados; cuando el pobre subteniente Bacci, herido y hecho prisionero en un combate, perecía después de ocho horas de horrendas torturas; cuando turbas de chusma insensata salían de noche de los pueblos á recibir con antorchas á las cuadrillas; cuando se incendiaban las mieses, se derribaban las casas, se capturaban familias, se empalaba, se desollaba y se descuartizaba.

Uno de los últimos días de julio, poco después de la salida del sol, se encaminaba hacia San Severo, por un valle desierto de la provincia de la Capitanata, un guardia civil á caballo, el cual había salido la noche antes de aquella ciudad para llevar al comandante de una columna móvil una orden del coronel. Llevaba debajo de la levita una carta contestando á aquella orden, en la cual el comandante decía que á las ocho de la mañana se proponía encaminarse á un repecho de un monte vecino, donde había sabido que solía ir á descansar una cuadrilla de salteadores que hacía algún tiempo infestaba aquellas tierras. El portador de la carta era hombre de unos treinta años, alto, enjuto de carnes, con dos ojillos brillantes y unos bigotes puntiagudos; y esa arruga vertical del entrecejo, que demuestra el hábito de la reflexión, y su rígida actitud y sus movimientos francos y resueltos atestiguaban una fuerza de voluntad correspondiente á las necesidades del tiempo y de los lugares. Iba al trote por un tortuoso sendero, volviendo la cabeza á uno y otro lado, mirando las praderas abandonadas, los montes peñascosos, el cielo purísimo, sin oír otro rumor que las pisadas de su caballo y el choque de su sable.

De pronto, al pasar entre dos matorrales altos y espesos, vió un relámpago y oyó un tiro. Mientras revuelve el caballo y coge la pistola, el animal vacila; en el momento en que baja

la cabeza para ver si está herido, se siente sujeto por detrás, y al volver la cabeza, un hombre salta del matorral del que había salido el tiro y cae sobre él, y detrás, como una sombra, un tercero; no tuvo tiempo de disparar, ni de apearse ni de ponerse



No tuvo tiempo de disparar, ni de apearse, ni de ponerse en guardia.

en guardia; le derribaron y le tendieron en el suelo. Quiso resistirse, se desasíó, pegó, mordió, pero no pudo levantarse; sin fuerzas ya, se entregó y se dejó desarmar. Pero en el ardor de la lucha, envuelto en una nube de polvo, había podido, con un movimiento rapidísimo, meterse la carta en la boca sin que lo vieran sus agresores. Le ataron las manos á la espalda, le levantaron, le colgaron al cuello el sable, la capa enrollada y el maletín de la silla, arrastraron el caballo detrás del matorral, y

luego echaron á andar á campo traviesa, dándole empujones y con una algarabía infernal de blasfemias, amenazas, golpes y carcajadas.

Anduvieron de prisa cosa de media hora, y cuando creyeron estar lo bastante alejados del camino frecuentado para no temer ninguna sorpresa, acortaron el paso. Habían llegado á las faldas de los montes, entre árboles, á un sitio en que no se veían casas, ni cabañas, ni indicio de vivienda. El guardia, encorvado bajo el peso de sus arneses, no daba señales de terror ni de ira, y su rostro pálido, pero no alterado, demostraba el ánimo del que sabe la suerte que le aguarda y tiene el corazón preparado para arrostrarla. No ignoraba que caer en poder de los bandidos en aquellos días de feroces represalias equivalía á perder la vida; por esto se notaba en él ya algo de la calma solemne de la muerte, y quien no lo hubiese sabido, sólo al mirarle los ojos habría dicho: «Ese hombre va á morir.» El bandolero que iba delante volvía de vez en cuando la cabeza para lanzarle una mirada entre curiosa y suspicaz. El que iba á su lado, y que parecía ser el jefe de la cuadrilla, miraba á su vez, ora al preso, ora á su compañero, con el cual cambiaba una mirada de triunfo.

— Toma, dijo de pronto suspendiendo su fusil del cuello del guardia civil; llévamelo.

— Y el mío también, dijo el que iba delante, é hizo lo mismo.

— ¿Y tú?, preguntó el jefe al tercer ladrón que iba detrás y parecía el más joven.

— ¿Yo?, contestó el interpelado. Prefiero llevarlo..., no se sabe lo que puede suceder.

— ¡Bellaco!, exclamó el otro, dirigiéndole una mirada despreciativa; y volviéndose luego al guardia, añadió poniéndole

una mano en el hombro: Amigo, ahora vas á decirnos adónde ibas.

El interpelado no contestó.

— ¡Oh!, ¡oh!, exclamó el bandido bajándose á coger una vara. ¿No has oído?, y le dió con ella un palo en las manos.



El bandolero que iba delante volvía de vez en cuando la cabeza

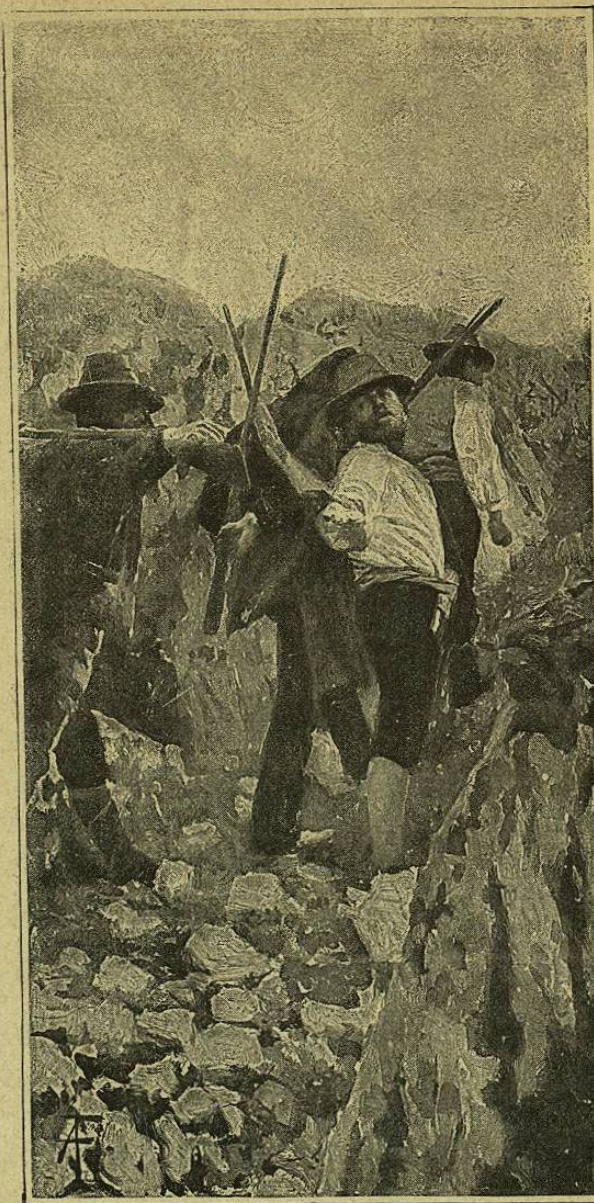
El guardia siguió adelante sin contestar.

— ¡Ah pobrecillo, ya hablarás!, repuso el ladrón tirando la vara; todos empiezan como tú, pero también acabarás como los demás; cuando sientas que te pinchan, gritarás lo mismo que todos: no tengas cuidado.

Al decir esto, le dió un empujón para meterle por un sendero á orillas de un arroyo; siguieron por él un rato en derecha, pasaron luego por un puentecillo, y empezaron á subir por una senda angosta á un monte empinado y peñascoso. El

guardia, apretado el cuello por las correas del fusil, embarazado por tener las manos atadas, sofocado por el uniforme, empapado de sudor, subía trabajosamente, tropezaba en las rocas, caía de rodillas, y se levantaba á duras penas para volver á caer, y los bandidos lo maltrataban y le hacían andar á punta-piés, burlándose de él y gritando: «¡Arriba, cobarde! Cuando vosotros nos cogéis nos atáis á la cola de vuestros caballos. Ahora te toca á ti, piamontés.»

En medio de la ladera del monte los esperaban. En un sitio donde la roca estaba desmoronada, y se veían derrumbes y precipicios, con unos cuantos arbustos áridos y matas, bajo una peña hueca y que formaba curva á modo de bóveda, se extendía un pequeño espacio de terreno llano, rodeado de pedruscos, en parte desprendidos desde lo alto, y en parte, los más pequeños, acarreados á fuerza de brazos entre los primeros, de modo que entre unos y otros constituían á modo de un parapeto. La peña servía de techo y de pared á una cabaña de madera que ocupaba una cuarta parte del espacio cerrado. En la cara interna de la roca se habían practicado grandes agujeros como nichos, para guardar objetos, así como escalerillas desde lo alto de las cuales se veía toda la cuesta. Entrábase allí por una abertura un poco más ancha que un hombre. Desde fuera no aparecía indicio de lugar habitado; dentro parecía á la vez cubil, reducto y cuerpo de guardia. En los nichos había vasos, tazas de hojalata, cazuelas, panes y cuchillos; de las puntas salientes de las rocas pendían morrales y frascos; en un rincón había un montón de cenizas y de tizones, y la roca estaba ahumada por arriba; bajo la cabaña, paja y ropas hacinadas. Mirando hacia arriba, además de la peña, y detrás y á los lados, no se veían más que piedras, fosos profundos, y enormes masas casi suspendidas en el aire, con alguno que otro



Y empezaron á subir por una senda angosta

árbol que apenas aparecía como una mata de hierba. Abajo los flancos escarpados del monte, más allá llanura, y en lontananza otros montes.

Un hombre, apostado en el último peldaño de una escalera, apoyado de codos en la peña y con la cara oculta entre dos piedras, á través de las cuales acechaba como desde una saetera, estaba esperando á la cuadrilla. Cuando divisó al guardia civil, palmoteó en señal de alegría y siguió con mirada atenta todos sus pasos, acompañando cada golpe que veía darle con un ademán y una blasfemia, como para aumentar la fuerza del golpeador y el dolor del golpeado.

Cuando estuvieron á pocos pasos de la guarida, bajó y fué á esperarlos á la puerta. Llegaron. El guardia, metido allí de un empujón, cayó en medio del recinto; los demás entraron con premura, jadeando, bufando y tirando por todas partes bolsas, sombreros y armas; se sentaron á la redonda en unas piedras y pasaron un rato silenciosos para cobrar aliento y enjugarse el sudor.

— ¡Aquí traemos uno!, exclamó por fin el jefe de la cuadrilla dirigiéndose al camarada que había salido á recibirlo.

— Vivo y sano, contestó éste.

Luego, echando una ojeada al preso y viendo que llevaba espuelas, preguntó:

— ¿Y el caballo?

— No me hables, contestó el bandido despechado; tendré que hacer pedazos esta maldita carabina; he herido al animal en vez de herir al hombre.

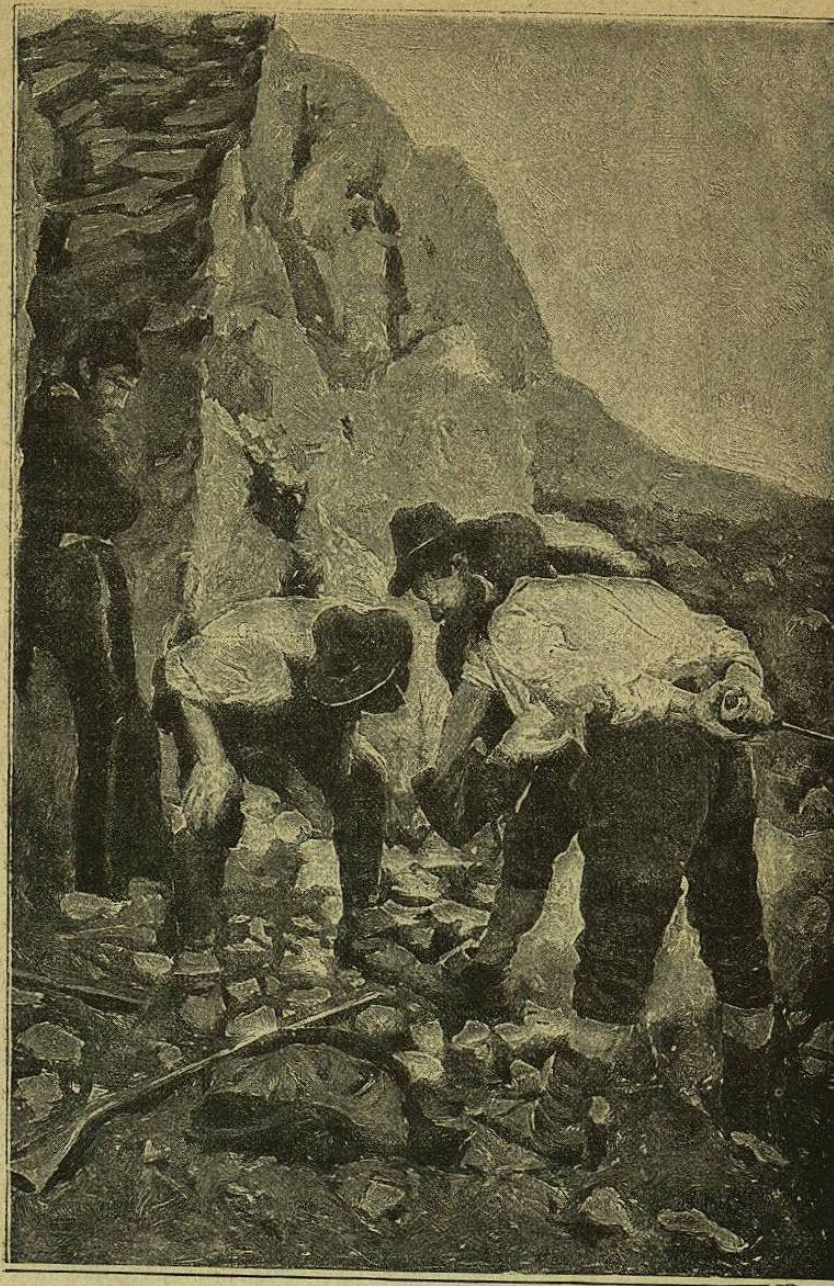
É hizo en pocas palabras el relato de lo ocurrido.

— No importa, dijo el otro, ha sido un golpe de maestro.

Se acercó al guardia, le ayudó á levantarse, y después de mirarle un rato con aire de estúpida curiosidad, le quitó de en-

cima el fusil, la capa y el sable; le quitó también el sombrero, que examinó por todos lados, sonrió y lo tiró á un rincón. El preso, extenuado, se apoyó en la cabaña y se puso á mirar á los ladrones uno por uno con la mirada lenta y grave de un enfermo cuyo pensamiento está ya fijo en la otra vida. Los bandidos se pusieron á registrar su maletín.

Tenían en verdad fachas dignas del sitio y de sus acciones. El que parecía el jefe era hombre de unos cuarenta años, bajo, pero robusto, con la cabeza grande, las orejas tocando en los hombros y las piernas arqueadas con dos pantorrillas enormes; de pies á cabeza ancho, corto, basto, aplanado; parecía un gigante metido en sí mismo, que se hubiese hinchado tanto como se había acortado, y negro, barbudo, cabelludo, de modo que no se le veían más que dos dedos de frente y un poco de los carrillos. De los otros tres, dos parecían hermanos; tenían la misma frente angosta, la misma nariz arremangada, los mismos ojos de zorro, la misma boca sin labios, curva en forma de semicírculo vuelto hacia arriba, y la misma barba aguda y lampiña, y uno y otro eran bajos y nerviosos. Los tres tenían en los ojos ese no sé qué de obscuro, avieso, lúbrico y procaz, que revela la monstruosa extravagancia de ciertos caracteres, mezcla de superstición y de ferocidad, de valor temerario y de abyecta bellaquería. Más bien flacos que gruesos, tenían en sus pasos y movimientos, y hasta en sus arrebatos de ira, algo de la blanda ligereza del tigre. Llevaban un sombrero de alcuza, dos altas polainas y una chaqueta holgada y abierta por delante, y entre la chaqueta y los calzones salía á bolsas una camisa sujeta con una ancha faja azul. El cuarto bandido, que parecía el más joven, tenía un rostro más humano, y era también bajo y barbilampiño como los dos que parecían hermanos.



Los bandidos se pusieron á registrar su maletín

— Ahora, dijo el jefe cuando hubo acabado de registrar la maleta, haced que se desnude; después comeremos un bocado, y luego... ya veremos...

Los dos hermanos se acercaron al guardia, y uno de ellos le



Apoyó los codos en la peña, puso la cara entre las dos manos y se quedó inmóvil

desató los brazos, mientras el otro le ponía un puñal al pecho. Los dos brazos desligados cayeron á ambos lados del cuerpo como los de un cadáver.

— Fuera el uniforme, dijo uno de los ladrones.

El preso le miró, y estuvo un momento perplejo, frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.